

Hermann Hesse

El último verano de Klingsor

Traducción de Eduardo Gil Bera



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Klingsors Letzter Sommer*

Primera edición: 2017

Primera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1920 by Hermann Hesse

Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag Berlin

© de la traducción: Eduardo Gil Bera, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-9104-702-5

Depósito legal: M. 4.152-2017

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota previa
- 11 Klingsor
- 23 Louis
- 33 El día de Kareno
- 59 Klingsor a Edith
- 63 La música del ocaso
- 79 Atardecer en agosto
- 89 Klingsor escribe a Louis el Cruel
- 95 Klingsor envía un poema a su amigo Tu Fu (de los días en que pintaba su autorretrato)
- 97 El autorretrato

Nota previa

El pintor Klingsor pasó el último verano de su vida, a los cuarenta y dos años de edad, en aquellos parajes meridionales próximos a Pampambio, Kareno y Laguno, que en años anteriores había amado y visitado muchas veces. Allí nacieron sus últimos cuadros, aquellas paráfrasis libres de las formas del mundo visible, aquellas extrañas pinturas resplandecientes, pero serenas en su quietud de sueño, con árboles retorcidos y casas como plantas, que los entendidos preferían a las de su época «clásica». Su paleta se había reducido entonces a unos pocos colores muy luminosos: amarillo cadmio y rojo, verde veronés, esmeralda, cobalto, violeta cobalto, cinabrio francés y laca geranio.

La noticia de la muerte de Klingsor conmocionó a sus amigos al final del otoño. En algunas de sus cartas se leían premoniciones y deseos de morir. De ahí pudo nacer el rumor de que se quitó la vida. Otros rumores, de esos que inevitablemente se adhieren a una fama controvertida, son igual de infundados. Muchos sostienen que Klingsor estaba mentalmente enfermo desde meses atrás, y un crítico de arte un tanto escaso de luces ha intentado explicar lo chocante y fervoroso de sus últimos cuadros a partir de esa presunta locura. Más fundamento que esas habladurías tiene la leyenda poblada de anécdotas sobre la afición a la bebida de Klingsor. Esa afición formaba parte de él y nadie la mencionaba con más franqueza que él mismo. En ciertos momentos, y también en los últimos meses de su vida, no sólo obtenía placer bebiendo tan copiosamente, sino que buscaba la embriaguez como anestésico de sus dolores y de una profunda tristeza difícilmente soportable. Su favorito era Li Tai Po, el poeta de los más profundos cantos báquicos, y en la borrachera se llamaba a sí mismo Li Tai Po, y a uno de sus amigos, Tu Fu.

Le sobreviven sus obras y, en el pequeño círculo de sus allegados, sigue igual de viva la leyenda de su vida y su último verano.

Klingsor

Un verano apasionado y de corta vida echaba a andar. Los días calurosos, con todo lo largos que eran, desaparecían echando llamas como banderolas ardiendo. A noches de luna, breves y sofocantes, seguían noches de lluvia, breves y bochornosas, y las semanas radiantes se iban enfebrecidas, veloces como sueños y rebosantes de imágenes.

De vuelta de un paseo nocturno, pasada la medianoche, Klingsor estaba en el estrecho balcón de piedra de su estudio. El viejo jardín aterrazado descendía vertiginoso y profundo a sus pies, una maraña apretada y sombría de densas copas arbóreas, palmeras, cedros, castaños, árboles del amor, hayas purpúreas y eucaliptos, ceñidos por plantas trepa-

doras, lianas y glicinias. Sobre la negrura de los árboles relucían como espejos pálidos las grandes hojas bruñidas de los magnolios, y entre ellas, las enormes flores blancas semicerradas, grandes como cabezas humanas, lívidas como la luna y el marfil, de las que exhalaba, penetrante y exaltado, un tierno aroma a limón. Desde una distancia indefinida, llegaba volando una música con vaivén cansado, tal vez una guitarra, quizá un piano, no se distinguía. En el gallinero gritó de repente un pavo, dos y tres veces, y rasgó la noche boscosa con el fugaz tono malévolo y áspero de su voz atormentada, como si resonase desde las profundidades, crudo y estridente, el sufrimiento de todo el mundo animal. Una luz sideral fluía por el valle selvático. Sublime y abandonada, destacaba del bosque interminable una capilla blanca, hechizada y primitiva. En la lejanía confluían el lago, la montaña y el cielo.

Klingsor estaba en el balcón con la camisa reman-gada y los brazos desnudos apoyados en la barandilla de hierro, y leía un tanto malhumorado, con ojos ardientes, la escritura de las estrellas en el cielo descolorido, y las luces tenues en el nublado negro y grueso de los árboles. El pavo lo volvió en sí: otra vez era de noche, tarde, uno tendría que dormir sin falta y a toda costa. Quizá si uno durmiera de verdad una

serie de noches, podría recuperarse; los ojos volverían a ser obedientes y pacientes, el corazón, más calmado, y las sienes no le dolerían. ¡Pero entonces este verano, este sueño estival desbocado y trémulo, habría pasado, y, con él, mil copas sin beber derramadas, mil inadvertidas miradas de amor perdidas, y mil irrecuperables pinturas nunca vistas extinguidas!

Apoyó la frente y los ojos doloridos en la fría barandilla de hierro, que le refrescó un momento. Quizá al cabo de un año, o antes, esos ojos estarían ciegos, y el fuego de su corazón, apagado. No; nadie podía soportar mucho tiempo esa vida en llamas, ni siquiera él, ni siquiera Klingsor, que tenía diez vidas. Nadie podía tener ardiendo mucho tiempo, día y noche, todas sus velas y todos sus volcanes; nadie podía estar día y noche inflamado, cada día muchas horas de trabajo febril, cada noche muchas horas de pensamientos febriles, gozando sin parar, creando sin parar, con todos los sentidos y los nervios siempre despejados y alerta, como un castillo detrás de cuyas ventanas suena día tras día la música, y brillan mil velas noche tras noche. Eso se acaba, y ya se ha malgastado mucha fuerza, consumido mucha vista y desangrado mucha vida.

De golpe, se incorporó riendo, y recordó que ya había sentido, pensado y temido así muchas veces.

En todos los momentos buenos, fértiles y ardientes de su vida, también en la juventud, había vivido así, había quemado sus velas por los dos extremos, con un sentimiento entre jubiloso y sollozante de derroche vertiginoso, de combustión, con una ambición desesperada por vaciar la copa, y con un miedo profundo y secreto al final. Ya había vivido así, había vaciado la copa y se había consumido en llamas con harta frecuencia. A veces, el final había sido suave, como una profunda hibernación inconsciente. En otras ocasiones, había sido terrible, un estrago absurdo, dolores insufribles, médicos, renuncia trágica, triunfo de la debilidad. Pero ya el final de una temporada de incandescencia iba siendo cada vez peor, más triste y aniquilador. Con todo, también de eso se salía, y al cabo de semanas o meses, después de tormentos o aturdimientos, llegaba la resurrección, el nuevo incendio, la nueva irrupción del fuego subterráneo, nuevas obras ardientes, nueva y relumbrante ebriedad de la vida. Así había sido, y los tiempos del tormento y del fracaso, los intervalos miserables, se olvidaban y hundían. Estaba bien así. Y seguiría como tantas veces lo había hecho.

Pensaba sonriendo en Gina, a la que había visto esa tarde, y con la que sus tiernos pensamientos habían jugado durante todo el regreso nocturno a

casa. ¡Qué hermosa y efusiva era esa muchacha en su ardor todavía inexperto y asustadizo! Y, como si volviera a susurrarlo al oído de ella, se decía juguetón y cariñoso: «¡Gina! ¡Gina! ¡Querida Gina! ¡Linda Gina! ¡Bella Gina!».

Regresó a la habitación y volvió a encender la luz. Rescató de la confusión de una pequeña pila de libros un tomo rojo de poemas. Se había acordado de una estrofa, del fragmento de una estrofa que le parecía indeciblemente hermoso y tierno. Buscó mucho rato hasta que lo encontró:

¡No me abandones a la noche y al dolor,
amada mía, tú, mi cara lunar!
¡Oh tú, mi fósforo, mi vela,
tú, mi sol, tú, mi luz!

Sorbió con deleite profundo el vino oscuro de esas palabras. Qué hermoso, qué entrañable y encantador era lo de: «¡Oh tú, mi fósforo!». Y: «¡Tú, mi cara lunar!».

Paseó sonriente arriba y abajo ante el ventanal, y recitó los versos, invocando a Gina en la lejanía: «¡Oh tú, mi cara lunar!». Y su voz se oscureció de ternura.

Entonces abrió el cartapacio que llevaba consigo toda la tarde, después de su larga jornada de trabajo.

Buscó el cuaderno de bocetos, el pequeño, su favorito, y hojeó las últimas páginas, las de ayer y hoy. Allí estaba el monte cónico con la sombra profunda del peñasco; lo había estilizado como una cara grotesca, el monte parecía gritar y estar abierto de dolor. Allí estaba la pequeña fuente de piedra semicircular en la ladera, el arco de fábrica sombreado en negro, y encima un granado incandescente en flor. Todo exclusivamente para leerlo él mismo, una escritura cifrada para uso propio, una anotación apresurada y voraz del instante, un recuerdo súbitamente arrebatado al momento en que la naturaleza y el corazón concordaban.

Y ahora venían los grandes bosquejos en color, hojas blancas con luminosas superficies coloreadas a la acuarela: la villa roja de madera, fogosamente incandescente como un rubí sobre terciopelo verde, y el puente de hierro de Castiglia, rojo sobre la montaña verdiazul; al lado, el terraplén violeta y la carretera rosa. Y luego la chimenea de la tejería, un cohete rojo ante el verde arbóreo, fresco y brillante, el poste indicador azul, el cielo violeta claro con las densas nubes laminadas. Esa hoja estaba bien, podía quedar así. Era una lástima por la puerta cochera del corral, el marrón rojizo ante el cielo de acero estaba logrado, era elocuente y sonoro, pero queda-

ba a medio hacer: el sol le había dado de plano en la hoja, lo que le produjo tremendos dolores de ojos. Luego sumergió largo rato el rostro en un arroyo. Ahora, el rojo pardo ante el malvado azul metálico seguía ahí, eso estaba bien, no estaba falseado ni echado a perder por el menor matiz ni oscilación. Eso no se habría conseguido sin el púrpura cardenalicio. Ahí, en ese campo radicaban los secretos. Las formas de la naturaleza, su arriba y abajo, su grosor y delgadez se podían desplazar, y se podía renunciar a todos los medios convencionales con que se suele imitar a la naturaleza. También es cierto que se podían falsear los colores, se podían graduar, difuminar y sobreponer de cien maneras. Pero cuando se quería adaptar con colores un fragmento de naturaleza, importaba que los colores estuvieran exactamente en la misma relación e igual tensión entre sí que en la naturaleza. En eso, se seguía siendo dependiente y naturalista, incluso si entretanto se ponía naranja en vez de gris, y barniz de grana en lugar de negro.

Así que otro día desperdiciado y de escaso rendimiento. La hoja con la chimenea de la fábrica y el acorde de rojo y azul en la otra hoja, y acaso el boceto con la fuente. Si por la mañana estaba el cielo cubierto, iría a Carabbina; allá estaba el cobertizo

con las lavanderas. Quizá lloviera una vez más; entonces se quedaría en casa y empezaría el cuadro al óleo del arroyo. ¡Y ahora a la cama! Una vez más, ya era más de la una.

En el dormitorio, se quitó la camisa y se remojó los hombros, el agua salpicó el rojo suelo de piedra. Trepó de un brinco al alto lecho, y apagó la luz. Veía el pálido monte Salute por la ventana, Klingsor había releído mil veces sus formas desde la cama. De la quebrada boscosa llegó un grito de lechuza hon-do y cavernoso como el sueño y el olvido.

Cerró los ojos y pensó en Gina y en el cobertizo con las lavanderas. ¡Dios del cielo, cuántos millares de cosas aguardaban, cuántos miles de copas estaban escanciadas! ¡No había nada en el mundo que no se tuviera que pintar! ¡Ninguna mujer en el mundo que no hubiera que amar! ¿Por qué existía el tiempo? ¿Por qué siempre nada más que esa estúpida sucesión, y no una simultaneidad arrebatada y saciante? ¿Por qué estaba otra vez solo en la cama, como un viudo, como un anciano? Se podía disfrutar y crear a lo largo de toda la corta vida, pero siempre se cantaba exclusivamente una canción tras otra; nunca sonaba toda la sinfonía al completo, con las innumerables voces e instrumentos al mismo tiempo.

Tiempo atrás, a los doce años, él fue Klingsor de las diez vidas. Entonces solían jugar los muchachos a los bandoleros, y cada uno de ellos tenía diez vidas, de las cuales perdía una cada vez que su perseguidor le tocaba con la mano o la jabalina. Con seis, con tres, e incluso con una sola vida, uno podía escapar y salvarse; hasta que no caía la décima, no estaba todo perdido. Pero Klingsor se preciaba de salir adelante con sus diez vidas, y consideraba una deshonra escapar con nueve o siete. Así era de niño, en aquel tiempo increíble donde nada en el mundo era imposible ni difícil, donde todos amaban a Klingsor, donde todo lo mandaba Klingsor y donde todo pertenecía a Klingsor. Y así siguió adelante, siempre viviendo con diez vidas. Y aunque nunca estuvieron a su alcance la plenitud ni la total sinfonía arrebatada, su canción tampoco fue pobre ni monocorde, siempre dispuso en su interpretación de unas pocas cuerdas más que los demás, unos hierros más en el fuego, algunos táleros más en el bolsillo, un par de caballos más en el coche, ¡a Dios gracias!

¡Cómo sonaba la quietud oscura del jardín, llena y palpitante como la respiración de una mujer dormida! ¡Cómo gritaba el pavo! ¡Cómo ardía el fuego en el pecho, cómo martilleaba el corazón, y gritaba,

y sufría, y clamaba de júbilo, y sangraba! Fue, después de todo, un buen verano allá arriba en Castagnetta. Residía como un señor en su vieja y noble ruina, y como un señor contemplaba desde lo alto los lomos greñudos de los incontables castaños. De vez en cuando, era encantador descender con avidez de aquel noble y viejo mundo emboscado y encastillado para contemplar el alegre juguete coloreado de abajo, y pintarlo en su contraste vivo y alegre: la fábrica, el ferrocarril, el tranvía azul, los postes de anuncios del muelle, los pavos presuntuosos, mujeres, curas, automóviles. Y qué hermosos, atormentadores e incomprensibles eran ese sentimiento en su pecho, ese amor y avidez vacilante por cada harapo y cinta coloreada de la vida, esa compulsión dulce y fiera por contemplar y representar; y, al mismo tiempo, oculto bajo tenues envolturas, el conocimiento íntimo del infantilismo e inutilidad de toda su acción.

La breve noche de verano se derretía febril. Desde la profundidad verde del valle ascendía el vapor, hervía la savia en cien mil árboles, y cien mil sueños surgían en la duermevela liviana de Klingsor, su alma caminaba a través del salón de espejos de su vida, donde todas las imágenes multiplicadas se encontraban cada vez con una nueva faz y un nuevo